

"Un manuscrito estupendo."

MARK SHAW, DIRECTOR

BOOKS FOR LIFE FOUNDATION



E-BOOK: CAPÍTULO 1 CAUSA FUE MI PASIÓN

Copyright © Aida L. Irizarry 2012

Todos los derechos reservados

www.byreasonofpassion.com

www.lacausafuemipasion.com

Capítulo 1

Aguas Mansas, Puerto Rico.

14 de agosto de 2004

DEBÍ HABER PRESTADO ATENCIÓN A LA ADVERTENCIA DE MI ABUELA ESA NOCHE EN LA COCINA:

“No tomes el atajo en el camino a casa luego de la Misa, no en la oscuridad, hija.” Abuela hablaba de la colina. Los nativos le llamamos el Monte. Este cruce se encuentra a la derecha de la Carretera Santa Ana, nuestra vía principal. Esa caminata es demasiado peligrosa.

“Una acera corre al pie del Monte, Abuela, ¿lo has olvidado?” Me senté a la mesa en un rincón asignado para el desayuno.

“No me agrada el llamado progreso. En mi juventud, tu abuelo y yo solíamos cabalgar a caballo cuando salía la luna. Luego, llegado a lo más alto del Monte tirábamos una sábana en la grama y...”

“No me digas—tú y abuelo, ¿cierto?”

“Por Dios, Elena, no me mires así, que yo me case virgen, nena. Y como no hacerlo si mi hermano y su novia nos acompañaban a cada momento.” Abuela suspiró hondo. “Que delicia esos tiempos pasados.”

Una mujer no mucho más alta que yo — 5'4 — mi abuela siempre vestía de negro. Colores de luto ella no se cansaba de decirme. Ella utilizaba ese color para siempre recordar su pérdida, mi madre.

Mi abuela se acercó tranquilamente a la ventana que abría al patio. Empujo las cortinas con lunares a un lado. Su rostro hacia el cielo, añadió de un soplo:

“Pero nada en esta vida se queda igual. Ya ves lo que paso con estas tierras. No más pronto las vende el gobierno que enseguida se construye un pavimento. Ah, y no olvidemos la condenada acera esa de la que me hablas... estrecha. Y esa entrada ... bueno, ¿y qué demonios esconden tras ese portillo?”

“Propiedad privada,” le dije.

“Prohibido la entrada.” Abuela se volvió; la cortina se deslizó entre sus dedos.

Yo deje caer mi mochila sobre la mesa.

“Señor, ¡qué mal agüero!” Me incliné hacia delante, ambas manos extendidas sobre mis rodillas.

“Ríe a cuenta mia, pero te aseguro que un dia alguien será lastimado allá arriba.” Una cuchara de palo en su mano, Abuela ahora se detuvo junto la estufa. Su ceño fruncido como una carpeta acordeón, sostuvo mi mirada. “Si tú supieras lo que odio el rugir de los autos cuando corren por aquí a rienda suelta.”

“Esto no es una autopista, lo sé, Abuela.” Relaje mi espalda contra la silla. “Y de los motociclistas, ni me cuentes.”

“Sabés, me gustaría que... Mira tú, y que golpeando tus nudillos sobre la mesa. ¿Por qué tantos nervios, chiquita—te asusto lo que dije?”

“Por Dios, Abuela, que yo no me asusto tan fácil.” Cubrí mi mochila con un brazo. Mi otra mano aterrizó en mi regazo. “Además, nada malo me va a suceder, te lo prometo.”

“No seas tan confiada, nena.”

Cuando niña, escuchaba a los ancianos en nuestra comunidad hablar acerca de lo paranormal. La Sra. Almendros juraba a todo aquel le hiciera caso que ella había soñado con que su hermana había muerto. Una semana después, el sueño se hizo realidad.

Todos los viernes el Sr. Santini llevaba a cabo una sesión espiritista en su hogar. Vecinos, ansiosos de comunicarse con sus seres queridos acudían a este encuentro con los muertos. Sandeces, lo paranormal; tonterías inventadas por gentuza que no tenían nada mejor que a hacer.

Por amor a mi abuela, nunca me burle de sus creencias aunque confieso eran raras. Según ella, cuando sus seres queridos estaban en peligro, un ángel le advertía sobre ello. ¿Cómo? Él le susurraba en su oído para dejárselo saber.

Por eso no me sorprendió cuando esa noche Abuela fue rápida en señalar:

“El diablo anda suelto en el aire esta noche. Cuidado, Elena, que él persigue cada uno de tus pasos. Así que no tomes en broma su aviso, ¿eh?”

“Bueno, a ver si le dice que voy a cumplir 19 años. No espera, que él lo sabe. Ah, pero si puedes decirle que se cuidar de mi misma.”

“Eres tan hermosa y testaruda como tu madre, que en paz descansa.” Abuela se giró entonces para probar el arroz con pollo. Aromas: Romero, ajo y tomates bailaban en el aire ese día, recuerdo.

“Mi comida un éxito, como siempre.”

“¡Chévere!” Me puse de pie, y colgué la mochila sobre mi espalda. “Ahora, si sólo deja de llamarme nena; niña; chiquita, todo eso que me apoda para mantenerme en pañales, moriría de la alegría.”

“Claro, ya lo hare, mi chiquita, un día de estos... cuando cumplas noventa años, no un día menos.” Abuela cubrió la olla. Se volvió a mí.

“Dios me dé la sabiduría para aceptar las cosas que no puedo cambiar.” Las palabras una canción en mis labios, hice la señal de la cruz. Los ojos bajos, pues, junte las palmas de mis manos en oración.

Abuela a menudo usaba la frase en resignación. Un día, habiendo fallado una prueba de matemática, yo repetí la oración en broma. Hice la señal de la cruz. Y entonces, agregué un toque personal. Las manos plegadas en plegaria, baje mis ojos en humildad.

“Amen,” contesto Abuela.

Ambas nos reímos de mi improvisación. Pero mi burla se volvió hábito. Yo amaba a mi abuela. Un día ella moriría. ¿Qué mejor manera para mantener vivo su recuerdo que aquella frase? “Dios me de sabiduría para aceptar las cosas que yo no pueda cambiar.”

Esa tarde en la cocina no escuche el *amén* de Abuela. Bueno, no entonces. Oí sus uñas raspar el suelo cuando recogió a Sofía del linóleo. La muñeca de trapo, que media veinte pulgadas, se había estrellado de mi mochila.

Quizás, la muñeca en sus manos, trajo viejos recuerdos a mi abuela. Sus ojos humedecidos, dijo: “Su boca se ha deshilado. Poco queda de sus labios. La bordaré s de nuevo en cuanto regreses, ¿quieres?”

“No. Entonces no será la muñeca que diseñó mama, ¿no cree?”

Abuela sonrió, e inclino su cabeza. Entendió el significado de mis palabras.

“Bueno, chiquita, no tardes más. Vamos, vamos, antes que se te haga más tarde.”

Dejé Sofía durmiera en mi mochila. Mi amuleto de buena suerte, arrastraba con mi muñeca en momentos de estrés. Abuela no me pregunto que me molestaba en ese momento. Ella sabía que yo nunca iba a la Iglesia — a no ser que algo me perturbara.

“La veo más luego.” Fuera de la cocina apresure mi escape. Baje los escalones que me llevaron al patio, y desde allí le pedí la bendición a mi abuela.

“Ve con Dios, ¡y ten cuidado!” Abuela grito desde la ventana.

“Pero es que nunca nada malo pasa en Aguas Mansas, Abuela, ¿recuerda?”

Aguas Mansas es parte del pueblo de Cabo Rojo, centro turístico localizado en el Valle Costero Occidental de Puerto Rico. La naturaleza nos dio la Bahía Fosforescente, playas espectaculares, bosques, minas de sal y vecinos que cuidan uno del otro.

En la Plaza de Recreo, donde se encuentra la Iglesia de San Miguel Arcángel, nuestros mayores se reúnen con sus amigos para charlar. Algunos disfrutan de una animada partida de dominós. Y otros van de compra a las tiendas alrededor de la plaza. No es para ellos el Mall, caro en un ingreso fijo.

Después de la misa, yo tomé un público, lo que algunos llaman 'taxi'. El chofer me dejó a la entrada del barrio.

El sol comenzaba a caer. Detrás de las casas que adornan el camino, varias palmeras y cactus rodean un lago creado por la mano del hombre. No demasiado lejos, la carretera de Santa Ana se desvía. A su derecha da paso al llamado Monte. El cruce asciende y lleva a los peatones al barrio. Desde allí arboles de plátanos observan las viviendas en zancos dormidas a lo largo de las aguas. Sus techos, de color melocotón, verde, violeta, y negro son motas contra el Valle. Me falta decir, que cada residencia está separada por un amplio callejón.

Esa noche, a mi regreso a casa, el viento comenzaba a barrer el valle. Tal vez podría llover más tarde. Sería una bendición, pues la temperatura en Aguas Mansas había estado a 85 grados constante en la última semana. No en balde yo apreciaba el beso de las brisas en mi rostro.

Las palmas de mis manos sobre mis rodillas ahora, respiré profundamente.

Doña Leticia ya había encendido una vela en el alféizar de su casa azul en zancos. Ese hecho tranquilizó mis nervios.

Todo andaba bien. Aguas Mansas dormía en paz. No tenía por qué temer.

Coquí... coquí cantaban nuestra rana puertorriqueña.

Coquí... coquí...

¡Grazna... grazno... graznido! Un estruendo, como el de un pato con un frío de cabeza, interrumpió la canción de los anfibios.

Me volví de repente. Allí, en la carretera de Santa Ana, esperaba una camioneta negra. El vehículo me recordó de un toro listo a atacar.

¿Pero por qué preocuparme? Todo andaba bien. Aguas Mansas dormía en paz.

En el bolsillo de mi falda cargaba un rosario. Yo entrelace mis dedos alrededor del crucifijo.

De nuevo, fijé mi mirada en la carrera de Santa Ana.

BRRRrrruun... RRRRrrrunn... el vehículo rugía furioso en un arranque de ira.

El chofer encendió los faros: los apago, los encendió de nuevo. Los apago; una vez más los encendió. Los ojos de la camioneta me capturaron en un abrazo.

Una potra asustada, corrí a todo trote hacia el Monte. Perdí mi equilibrio. Sacudiendo mis brazos frenéticamente, me estrellé contra la tierra.

El vehículo retumbó más cerca de mí.

Una vez... dos... tres veces el chófer toco su bocina. Cuando me puse de pie, la camioneta apresuro su marcha hacia el Monte. Fue entonces cuando me di cuenta del color ahumado de las ventanas de aquel vehículo.

Volví mis pasos a la carretera Santa Ana otra vez. Si yo insistía en seguir camino arriba por el Monte arriesgaba mi vida. Después de todo, tal vez Abuela había presentido peligro

“Buenas noches, Elena.” Doña Leticia me llamó desde su balcón. Ella vivía al lado opuesto de la entrada al Monte. “¿Regresás de la iglesia?”

“Sí.” Me detuve frente al balcón de la morada. “¿Cómo le va, señora?”

La mujer recogió un gato atigrado anaranjado del suelo. Como poco, ocho gatitos vagaban alrededor de ella en ese momento. La anciana comenzó a acariciar la cabeza del animal. Una vez más la vieja levantó su rostro.

“He estado enferma en estos últimos días, ¿sabés? Pronto estaré en el cielo.” Doña Leticia dejó caer al gatito en la tierra. Ella sonrió, su boca una caverna sin dientes. “Me le dice a Rosalina que venga a limpiar, ¿quieres?”

“Lo siento. Mi prima no puede venir a ayudarla mañana, ni nunca, señora.” Rosalina estaba casada con Federico de Santos, único hijo de doña Leticia.

“Si se trata de dinero, ya la pagare algo.”

“Pero es que el dinero nada tiene que ver con eso, señora. Federico no quiere que ella le ayude. Es más, la última vez que ella lo hizo, bueno... Él le entro a latigazos con la hebilla de su correa.”

“Esposas, sométanse a sus esposos, como conviene en el Señor.” Doña Leticia aclaro su garganta. “Federico tiene el derecho a disciplinar a su mujer. Y Rosalina tiene que respetarlo.” La anciana

dejo caer el gato a sus pies. "Mi Federico es un buen chico. Siempre cuida de mí. Sí, le doy gracias al Señor. Es un buen muchacho."

Le di escasa atención a sus palabras. Doña Leticia estaba senil. Federico le odiaba. De hecho, yo no recordaba la última vez que él había ido a visitarla. Sí, sentí lástima por la anciana. Me ofrecí a limpiar su casa la mañana siguiente.

"Mañana... ¿tu? Bien... si, pero corre. Apurate, anda a tu casa, niña." La anciana dijo adiós con su mano, para luego añadir, "Otra cosa, ¿se puede?"

"Como no, señora, una cosa más, y luego me apresuro a llegar a casa".

"El Señor a veces me enseña el futuro. Tú", la vieja apunto un dedo huesudo a mí, "no subas por el Monte. Algo maligno te rodea. Ten cuidado Escucha y obedece, jovencita.". Una mano sobre su espalda, la mujer regresó al interior de su hogar.

Bueno, Abuela y doña Leticia eran pájaros de mal agüero, y yo les iba a demostrar lo equivocadas que estaban. Esa noche yo tomaría la ruta del Monte para llegar a casa y viviría para relatar mi experiencia.

###10/6/2012###